

El olor es como impalpable perfil de las cosas y los ambientes, que por él parecen hacerse más reconocibles y mejor definibles:

y entraban las diligencias dejando un vaho de tierras cu-
lientes, un olor de piel y collarones sudados (*El obispo
leproso*. PÁG. 906); Los chicos se amontonaban en el
túmuló dejando un olor de escuela (íd. PÁG. 957).

Hasta el agua tiene su olor peculiar:

Olor íntimo del agua que toca las raíces profundas
en la tierra tan tierna como un fruto descortezado;
olor del agua desde el tiempo como en todas partes; es
verdad; pero en cada pueblo, su olor (PÁG. 997).

No debe extrañarnos que el agua tenga su fragancia para
Miró, si hasta lo más incorpóreo huele también para él:

Un fino olor de tarde ya cansada (*Años y leguas*.
PÁG. 1028); Olor íntimo y fresco de las lejanías diáfanas
(íd. PÁG. 1029); Olor de mediodía, el olor donde
está el pan, el silencio y la siesta (íd. PÁG. 1048).

Y si las cosas, los ambientes, el agua, las tardes, los medio-
días tienen su fragancia, también los seres humanos la po-
seen, y en ella parece radicar la última esencia de su perso-
nalidad, para Miró. Por eso en *El obispo leproso* se lee:

Ya tengo tu olor —gritaba Pablo jugando con las
trenzas de su madre— Los demás huelen a vestidos, a
gente y a olores. ¡Tu sola, tu nada más hueles a tí!
(PÁG. 897).

(Pronto hemos de ver cómo lo más característico de las
bellas mujeres mironianas es su olor frutal). Y en *Bethlem*
se habla de

el olor suave y honrado que le llega a Isaac cuando ben-
dice a Jacob: «He aquí el olor de mi hijo como el olor
de un campo lleno al que ha bendecido el Señor...»
(PÁG. 1066).

